

**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.  
Madrid y provincias, 46 rs. id  
Números sueltos un real vellon.

### REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.



**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

## El forastero y El Duende.

Llegó el tren de Navarra, y tuve el gusto de recibir á *mon-sieur Etonné*, rico negociante de Burdeos y cuya llegada me avisaban amigos de las provincias, recomendándomelo eficazmente. Despues de descansar quiso ver cuánto notable hay en la ciudad de Cesar-Augusto, y claro es que habia de ser yo su *cicerone*.—¿Por donde principiaremos? me dijo.—Naturalmente nuestra primera visita debia ser, y en efecto fué al punto donde, ya en modesta y reducida capilla, ya en magestuosa basilica, vienen los fieles adorando á la Reina de los Angeles hace diez y ocho siglos. El buen bordelés estaba encantado de ver tanta magnificencia, tanta riqueza en un solo templo; y comprendió fácilmente la devocion que el pueblo zaragozano tiene á su escelsa Patrona. Si trabajo me costó el sacarle de allí, no me costó menos el arrancarle de La Seo; templo suntuosísimo ya por los años de 280; convertido en mezquita despues, y reconquistado al fin por don Alonso el Batallador. Eh, ya hemos visto la Misericordia, el Hospital, departamento de dementes, Torrero, Casa-Blanca y demás cosas mas ó menos notables de esta Ciudad y su campiña.—¿Qué hacemos ahora?—le pregunté.—Quisiera recorrer las calles; observar las costumbres de sus habitantes; pero temo abusar de la amabilidad de mi buen guia...—Nada de eso; le dije: estoy dispuesto á todo cuanto V. quiera.—Y echamos á andar y á cruzar la ciudad en todas direcciones; principió á preguntar *Mr. Etonné* y principié yo á sudar la gota gorda.

—Me parece, señor don *Martinico*, que este alumbrado no es de gas.—Y le parece á V. muy bien, *Mr. Etonné*. Es de aceite; y con que alumbrára nos daríamos por contentos.—¡Es posible! ¡Aun no hay en Zaragoza alumbrado de gas!—Yo le diré á V.; no le hay; pero ya se hizo una contrata para que lo hubiera. Es verdad que nada hemos vuelto á saber ni del gas, ni de los contratistas; pero por algo se ha de empezar y todo se arreglará con el tiempo.—¿Y cuántas fuentes cuenta la ciudad? Cercada de aguas por todas partes, las habrá hasta en las casas...—Perdo-

ne V.... Tenemos una, principiada en Octubre de 1833, merced á una suscripcion voluntaria, y concluida en 1845.—Ola... en doce años...—Eso es; nosotros hacemos así las cosas: de prisita.—Pero una sola fuente...—Menos seria si no tuviéramos ninguna. Además, van á establecerse ocho de perspectiva y diez y siete de vecindad; gracias al incansable celo de nuestro alcalde; que si no serán como debian ser, al menos serán mas de lo que hoy tenemos.—Y el agua será potable.—Yo lo creo: es la que aquí se bebe de tiempo inmemorial.—Limpia, por supuesto; filtrada...—Yo le diré á V., *Mr. Etonné*; no siempre está clara; pero no importa. Con tal que el vecino tenga en su casa una docena de tinajas para reposarla, la bebe clara y limpia como un cristal.—Pero ¿y si no las tiene?—La bebe turbia; pero no importa. La porquería que no ahoga engorda. Por eso estamos tan lucidos y gordos los zaragozanos. No todo lo que se quiere se puede hacer.

*Mr. Etonné* estaba como su apellido y se hacia cruces á cada una de mis contestaciones. Yo pedia á los innumerables mártires que no hiciese mas preguntas; pero en todo pensaba menos en eso mi buen viajero. Y es que estos franceses son tan curiosos...!

—Observo, me dijo pasado un corto tiempo, que hay poca limpieza en estas calles.—Pues mire V., le contesté; para limpiarlas paga una brigada nuestra municipalidad. Véala V.; precisamente viene ahí limpiando.—Ah... ¿Y llama V., señor don *Martinico* á eso limpiar? Huyamos, huyamos: van á enterrarnos en basura...

Y el buen *Mr. Etonné* dió á correr con todas sus fuerzas.

Le alcancé; se limpió; se repuso y volvió á preguntar.

—Dígame V., por qué esos aguadares llevan sueltos sus boricos y van por donde mejor les acomoda? Ese me ha atropellado...—Porque estamos en un pueblo libre, y queremos la libertad hasta para los asnos.—Ah... ¿Y por qué esa criada nos echa encima la basura desde su balcon?—Porque está limpiando la casa, y á alguna parte ha de echarla.—Y ese carromatero que va muy arrellanado en su carro en vez de llevar sus mulas del



cabestro...—El pobre va mas cómodo...—Y si mata á alguno...? —Tenemos aquí una piadosa hermandad llamada de la *Sangre de Cristo*, que recojerá el cadáver; todo está previsto.—Ah... y dígame V. ¿qué hace esa gente acostada en las aceras, con esos pucheros y esas tazas... Ah.... ya veo: beben vino.—Sí, señor: aquí le tenemos muy bueno: particularmente el de...—Pero ¿por qué lo beben en la calle, obstruyendo el paso y así tumbados?—Porque como nuestros vinos son tan fuertes, pudiera subírseles á la cabeza; y estando así, al aire libre...—*Oh, c' est diablement sale...*—¿Qué decia V?...—Que encuentro algo... sucio...—Es lo que antes he dicho: aquí hace cada uno lo que le da la gana.—Pero, señor don *Martinico*, ¿no hay aquí municipales? ¿No hay aquí bandos...—Mucho que sí: tenemos municipales y bandos, y bandos municipales; pero nosotros no hacemos caso de los primeros ni de los segundos, ni la autoridad hace caso de que no hagamos caso: aqui no se hace caso de nada.—*Oh c' est drôle...* Si V. no lo lleva á mal, podíamos dirigirnos á la fonda, mon-

*sieur Etonné*. La hora de comer se acerca...—Como V. guste. Hacia la fonda íbamos, y el buen francés no cesaba de repetir muy bajito «*C' est drôle, c' est drôle....*». Le dejé en sus meditaciones porque, la verdad, yo estaba en ascuas; temia á sus preguntas y deseaba con todo mi corazon separarme de *Mr. Etonné*. Le acompañé hasta su cuarto; y debiendo salir á la mañana siguiente en el tren de Barcelona, le deseé un buen viage y me separé del bordelés, quien, al apretarme la mano, me dijo.—Vuestro pais es hermoso; pero os falta.... —Sí: le interrumpí; lo que Jesucristo dicen que negó á nuestro patron Santiago, entendido.—*C' est dommage...*—No quise oír mas, y en dos saltos me planté en la calle. Al volver á mi casa decia yo reflexionando tambien:—Aquí, para que haya orden, para que estemos como en la gloria, solo faltan dos cosas de poca monta, á saber: que haya quien mande y que haya quien obedezca.



### La mudanza de casa.

¿Qué confusion! ¿Qué movimiento! Aun mas que los Santos Reyes es el Apóstol San Juan el que saca de sus casillas á un sinnumero de prógimos que, con los trastos acuestas, van por esas calles de Dios tomando por asalto su nueva vivienda y cruzándose en las escaleras el inquilino que se vá con el inquilino que viene. Los blanqueros, los albañiles, los carromateros, los mozos de cordel, las tías que entran y salen en las casas *haciendo mandados*, todos hacen su agosto en este mes de Junio; y es de ver los muebles y varatijas, las antigüedades y cosas raras que se esponen al público estos dias. Las chinches son llevadas en procesion; y hay de ellas, hoy trasladadas á una humilde boardilla, tan respetables por su antigüedad, como que durmieron la noche del 20 de Febrero de 1809, dia de la entrada de los franceses en esta heroica ciudad, nada menos que con el mariscal Lannes; y á fé que le hicieron pagar bien cara su conquista, á fuer de leales aragonesas.

Este ciudadano deja la habitacion que ocupó dos *tandas* (y no de zurras ni de rigodones) porque la cocina hace humo: y es que el casero le planta en la calle porque se olvidó de satisfacer el alquiler. Aquel otro por huir de una mala vecindad; y, en efecto, huye de un gallo que ha dado en la gracia de quebrarle la mujer, que ha dado en la manía de dejarse quebrar. El de mas allá huye de una taberna, á cuya puerta se oyen de dia y de noche palabras y canciones, que escandalizan hasta á los gigantes de la Audiencia. Todos dejan gustosos sus viviendas, y á ellas van gustosos los nuevos inquilinos. Propiedad de la humana condicion. «*Per troppo variare natura è bella.*»

Tambien *El Duende* se muda con toda su redaccion. Se trasladada, del reducido cuarto que hoy ocupa, á la calle de las ocho *páginas*, casa sin número, donde podrá estenderse á su satisfaccion; dar bailes y conciertos, *tés danssant*, y obsequiar á sus





#### MITOLOGIA.

### Los Dioses del empedrado.—Mucho polvo y poca gloria.

suscriptores y á los que no lo sean (que *El Duende* es generoso si los hay) con toda clase de agasajos. Y quién sabe si algún día edificará un palacio suntuoso, debido á la largueza de sus lectores que pagan? De menos nos hizo Dios; y todo puede esperarse de un pueblo tan pródigo, tan amante de la literatura, tan instruido, tan, tan, taran tan... ¿Pues no iba ahora *El Duende* á cantar unas *habaneras*? Tiene las cosas mas originales....! Pero, como iba diciendo, *El Duende* se muda; cabalga en una escoba con todos sus redactores; y mientras otros van renqueando por esas calles, *El Duende* y los suyos «*Volando van, volando van,*» — como cantan aquellos húngaros en aquella zarzuela. Conque, señores, tenemos el honor de ofrecer á ustedes con la mayor consideracion nuestra nueva vivienda en la ya dicha calle, para todo cuanto gusten mandar; pues lo haremos con sumo gusto y fina voluntad.

#### Gratitud.

Dicen que en el mundo no la hay; yo creo que se encuentra, apesar de los incrédulos y de los pesimistas. Y creo mas; creo que la hay y en abundancia, habiéndose aumentado la que en casa teníamos con la importada recientemente de allende el Pirineo.

—¿Cómo está usted, fulanito?—Le dicen á un ciudadano. Lo primero que contesta es un «*gracias*» como un templo; con lo cual demuestra su gratitud á la pregunta que se le hace, sin que le importe un pito al preguntante que fulanito esté bueno ó que se rebiente.

—«Deseoso de manifestar su gratitud á los favores que el público le dispensa...»—Dice un actor el día de su beneficio; muchas veces los *favores* han sido silvidos.

—«Lleno de gratitud á sus muchos clientes...»—Anuncia un espendedor de específicos para matar la polilla, que no ha vendido por valor de tres reales en una semana.

—«Gracias.»—Dice una linda niña al pollo que la envía un requiebro.

—«Gracias.»—El pretendiente á quien dan un destino de 3000 reales despues de pretender tres años para dar pan á su mujer y cinco hijos.

—«Gracias.»—Un marido al que ha dado el brazo á su mujer.

—«Gracias.»—El que ha recibido un pisoton gallego (que son los mas tremendos pisotones) en el callo número siete.

«Gracias.»—Dice, en fin, todo el mundo rebotando gratitud hasta por la punta de sus cabellos. Esto no habla con los calvos. ¡Y luego dirán que la gratitud no existe!

Verdad es que hay muchos... (los mendigos, por ejemplo; me parece que en Zaragoza no hay pocos) que al recibir una limosna, en vez de decir «gracias», dicen—Dios le aumente la caridad.»—Esto es, que quieren que el caritativo lo sea aun mas; que le encuentran mezquino. Estos siquiera son ingenuos.

—Los frailes decían.—«Hermano, Dios se lo pague»—porque opinaban que los hombres no pagan nunca: y cuidado que los frailes eran hombres que lo entendían.

Tenia yo un tío cura, hombre de ciencia, trabajador incansable en la viña del Señor, que aumentó considerablemente la cristiandad, y que, amen de otras cosas en qué no creía, no creía tampoco en la gratitud. Pues este buen tío, para enseñarme á amar á mi prójimo y á ser caritativo, me recitó varias veces la siguiente leyenda.

«Un día el Señor se paseaba en el cielo con el Arcángel San Gabriel. El Señor estaba pensativo y grave. El Arcángel le preguntó la causa.

—Miro los bosques de pinos del Eden, dijo el Señor; están desiertos, y esto me entristece.

—¿Por qué no los poblais?—Preguntó Gabriel.

—La tierra es ingrata; los hombres que yo crease lo serian como la tierra.

—Ah, Señor, dijo el Arcángel puesto de rodillas: creadlos pronto para que tengan tiempo de arrepentirse antes de la hora del juicio. Tal vez no sean malos ni ingratos; probad.

El Señor se sonrió tristemente y descendió, seguido del Arcángel, á los bosques del Eden. Una piña se hallaba en el suelo; empujola con su divino pié y nació el hombre.

—Señor, exclamó Gabriel, vuestro poder es infinito.

El hombre se acercó á Dios, trémulo de cólera, y con los puños amenazantes le gritó:

—¿Quién eres tú, que osas empujarme con el pié?»

En vista de lo que á Dios sucedió... ¿hay todavía quién dude de la gratitud?



Mi cabeza se hallaba embargada por el sueño.  
En este país de la siesta y la pereza no es extraño que sacrifique uno el tiempo en sus altares.

Dormíme, pues, y soñaba!... soñaba!  
¿Quereis saber lo que soñaba?  
Soñaba que en el mundo todos decíamos lo que sentíamos sin ambages ni rodeos. Que, lejos de espresarnos con la habitual mentira, que mancha nuestros labios, decíamos la verdad sin atavíos y con la mas ruda franqueza.

Voi á contaros mi primer sueño.

## II.

### UNA VISITA.

D. L. (*haciendo una cortesía*)—Señora: malditas las ganas que tenía de ver á V. Vengo, porque tengo precision de hacerlo, y lo hago con el mismo placer que si me arrancasen las muelas.

D.<sup>a</sup> J.—No me estraña, caballero: siempre me ha parecido V. un cócora y mal educado, y crea V. que, á no ser por la torpeza de mi criada, que todo lo equivoca, hubiese tenido la satisfacion de no estar en casa para V.

D. L.—Maldita muchacha! ¡Cuanto hubiera celebrado...! Yo, que venia á esta hora en la creencia que no estaria V. visible mas que para el amigo de su esposo....

D.<sup>a</sup> J.—Esta es la sociedad; tener yo que aburrirme escuchando sus sandeces.

D. L.—Y yo, mi señora doña J., que no la puedo ver á V. mas que á mis pecados?

D.<sup>a</sup> J.—A propósito ¿piensa V. aburrirme mucho tiempo con su fastidiosa compañía?

D. L.—Todo lo mas que me sea posible. Así como así he dispuesto echar el día á perros; y vea V. con cuánto placer la jugaré esta perrada; solo el pensar que incomodo me deleita.

D.<sup>a</sup> J.—Advierta V. que no le he ofrecido una silla y que de mejor gana le administraría á V. un silletazo.

D. L.—Lo creo. Es V. muy capaz de ello. Una mujer mas fea que la quina, mas vieja que Matusalen, y siempre haciendo la polla, con mas barba que un gastador, si no fuera por mi baston de palo de hierro ya me habria V. arañado la cara.

D.<sup>a</sup> J.—Todo eso es verdad. ¡Ay, Sr. D. L. y como me rebienta el tener que escucharle! Pero á bien que me las pagará V. todas juntas. Voy á darle un disgusto.

¿Sabe V. que dicen por todas partes que es un usurero de la peor especie, y que sus antecedentes prueban lo que decian buenas lenguas, de que habia V. asesinado á su primera mujer?

D. L.—Y á mí qué me importa que digan la verdad? ¿Cree V. que yo he conocido la vergüenza alguna vez? Tanto caso hago yo de eso como de que digan de V. que tuvo relaciones con un cabo de gastadores, un alguacil y un horchatero. Como al fin y al cabo me tendré que marchar y ya he conseguido mi objeto molestando á V., bueno será le recuerde que no vengo á visitarla por su fea cara, si es porque su esposo me recomienda al Excmo. Sr. D. Fulano de Tal; pues ya sabe V. que le necesito: y advierto á V. que vendré á fastidiarla con mi presencia hasta tanto que V. me recomiende.

D.<sup>a</sup> J.—Hombre; aunque no sea mas que porque me deje V. en paz y se lo lleven los diablos haré su recomendacion.

D. L.—No hay para qué decir á V. que nunca le agradeceré tan señalado servicio; y que lo mas pronto posible procuraré pagar á V. con todo el daño que hacerla pueda.

D.<sup>a</sup> J.—Cuento con ello; y vaya V. enhoramala.

D. L.—No se incomode V.

D.<sup>a</sup> J.—No; si me levanto y acompaño á V., es solo para estar segura de que no se lleva V. algo de las rinconeras.

D. L.—(*Rodando las escaleras*) Ay! ay! ay! oh!

D.<sup>a</sup> J.—¿Se ha roto V. una pata?

D. L.—Creo que no.

D.<sup>a</sup> J.—Pues lo siento. Al recibir á V. habia dado orden á la muchacha de jabonar las escaleras.

Al llegar á este punto despertéme.  
Presa de tan horrible pesadilla, era yo quien habia caido de la cama y....  
Te prometo, lector, no hablarte mas de la verdadera verdad.  
Prefiero la mentira.

No con tan feliz resultado como en el último carnaval ha vuelto á ofrecer sus bailes la empresa del *Embalat*. ¿Es acaso porque la estacion no sea la mas á propósito para este género de diversiones? Las condiciones del magnífico local contestan negativamente. Por qué, pues, el público se ha alejado del que fué hace poco tiempo centro de su diversion? Creemos acertar asegurando que la verdadera causa es la asistencia á este como á todos los demás espectáculos públicos de cierta clase degradada, envilecida de la sociedad, de cuyo contacto no puede menos de huir la gente que en algo tenga su honra. Hablamos de esas *palomas de vuelo bajo*, que llevan á todas partes el escándalo; y las que autorizadas, por desgracia, para su inmunda vida, en vez de huir, como las aves nocturnas, de la luz, y encerrarse donde los ojos de la honradez no las vieran, hacen alarde de su cinismo y se apoderan de las diversiones. Se huyó de ellas como de la lepra; y quedándose dueñas del campo, mataron los brillantes bailes del teatro, han matado los de *El Embalat* y matarán cuantos en todas partes se ofrezcan al público. Lo cierto es que estos bailes han muerto. Lástima es que no pueda estirparse la causa. La sociedad progresa.

*El Duende* pide á quien corresponde y debe hacerlo que barra de la plaza de la Constitucion, frente á la casa del Sr. de Marra-co, y de la entrada á la calle de San Gil por la del Coso, una catterva de muchachos holgazanes sin disfraz y á otros disfrazados de limpia-botas, que, con sus juegos, gritos, palabras obscenas y juramentos, son el escándalo de los vecinos y de los transeuntes. Si mal no recordamos ya antes de ahora han hecho igual peticion los periódicos de esta Capital. ¿No está vigente la ley de vagos? ¿No tiene dependientes la Autoridad para corregir estos y tantos otros abusos? ¿Ha de poder mas una docena de pillos que toda una ciudad escandalizada, y que la autoridad á quien está encomendada su custodia? Ahora principia *El Duende* sus peticiones, que serán todas justas: veremos lo que se le concede.

Parece que va á reglamentarse el cuerpo de municipales. Cree *El Duende* que como no encarguen unos cuantos de estos señores á Poulou-Souc para que al llegar se coman á los que desobedecen los bandos de la autoridad, ni aquellos obedecerán á este ni se harán obedecer de los desobedientes, que responden con una carcajada de desprecio á los que han perdido ó no han adquirido jamás la necesaria influencia. Hablamos de los desprestigiados municipales.

¿En qué consistirá que, habiendo entre los antedichos algunos que han servido en la guardia civil y han salido de ella con una brillante hoja de servicios, apenas visten el uniforme municipal, son ni mas ni menos que los demás y hacen lo que todos vemos? *El Duende* opina que esto debe consistir... en el estado de la atmósfera.

## TEATRO.

La Sra. Ristori se ha presentado en el nuestro durante la semana, con MEDEA, MARIA STUARD, y ELISABETH, arrancando frenéticos aplausos. No encontramos palabras suficientes á esplicar el mérito de este prodigio del arte: es preciso ver á la Sra. Ristori para poder comprender á qué altura se encuentra colocada; y cuánto acerca de esta eminencia pudiéramos decir seria poco, para esplicar su reconocido mérito. La corona que ciñe las sienes de la Sra. Ristori, formada con el laurel recogido en los principales teatros de Europa, admita una hoja mas, que entusiasmado la ofrece el público Zaragozano.

Del resto de la compañía, con decir que la encontramos buena al lado de la Sra. Ristori, es cuanto elogio podemos hacer de ella.

Aconsejamos á los que no la hayan visto que acudan á admirar á la célebre trágica, ya que la casualidad nos ha proporcionado esta ocasion. La Sra. Ristori en Zaragoza es como esos cuerpos celestes, que aparecen en el espacio una vez en el trascurso de los siglos; y que, siguiendo su brillante carrera, desaparecen á los ojos de una generacion, que no volverá á contemplarlos.